

*Méjico, 7 de Julio de 1859.*

Ademas de los muchos progresos que la corte ha hecho en eso que se llama civilizacion y que muy ligeramente ha tratado de darte á conocer, hay en esta beatísima tierra otras muchas cosas que no tocan á la cultura de las personas, pero que sí dan una idea ventajosísima de lo que es la capital del nuevo mundo, y de lo muy atrasados que aun estamos en nuestras infelices Batuecas, no para competir con la corte; pero ni aun para mirarla frente á frente. Indefectiblemente somos unos pigmeos, y Méjico es un gigante mas grande que una montaña. ¿Cuándo lo alcanzaremos?

Para que veas que no lo pondero mucho, voy á ponerte muy en compendio algunas de las cosas que por aquí se usan y que por allá no conocemos, con lo cual acaba-

rás de persuadirte de la enorme distancia á que nos encontramos los de allá con los de acá.

En Méjico, país libre, soberano é independiente nunca se han consentido los esclavos, y no como quiera, sino que los hombres que lo son en otra parte, por solo el hecho de pisar el territorio de la república quedan libres. Esto no agradó en modo alguno á ciertos hombres afechos á la servidumbre, no obstante que proclaman libertad; y ¿qué hacen? Inventan un modo por el cual el individuo aunque no se vende se empeña; y aunque no está marcado está señalado; y aunque no trabaja en los ingenios y y en los plantíos de arroz y de café, lo hace en los amasijos y en las tocinerías. Y ya ves cómo sin ponerse completamente en oposicion con los humanitarios sentimientos del legislador, hay una esclavitud, embozada, es verdad, pero casi casi como la de cierta república que es llamada por algunos el emporio de la libertad.

Quizá no me has comprendido bien, y no tendrás culpa si así sucede, porque solo yo que lo veo puedo esplicarte cómo puede hacerse un hombre libre quasi esclavo; pero voy á darte la clave del secreto, y entónces entenderás. Supon tú que un ciudadano de esos que que tienen soberanía, se encuentra el dia ménos pensando sin cuartilla: sabe trabajar en la panadería ó en la jabonería; va á buscar ocupacion pero se le dice que no hay modo, sino es que entre á la clausura. Si condesciende se le da tal cantidad sobre su persona y por ese mismo hecho queda convertido en mueble de la casa; porque hasta que no desquita el importe del empeño no sale, sino los domingos, á misa y eso sin sombrero y cuidado, lo mismo que todos los demas, por dos ó tres capataces que parecen agentes de la policía secreta.

Dirás que un hombre así pronto recobra su libertad pero te engañas; porque cuando ya va acabando de amortizar su crédito, abre otro, y luego otro; y llega un dia en que ya no puede salir de la casa de empeño, por-

que su pasivo está muy léjos de ser cubierto por su activo.

Te dije que estos remedos de esclavos estaban señalados á falta de marca, y la señal consiste primero, en la falta de sombrero que queda abolido mientras su cautividad; y segundo, en su librea que toca los dos extremos en cuanto á color, pues la una es blanca por demas y la otra negra por exceso: la una cubre de harina hasta los ojos: la otra de grasa y humo hasta la lengua. Ya ves que de esto no hay por nuestra tierra.

Tampoco tenemos por allá unos depósitos tan multiplicados, tan abundantes y tan variados del néctar mejicano llamado pulque. Aquí á cada cuatro pasos se encuentra un espendio, surtido de barriles rebosando de blanco *neutle*, y frecuentado por miles de individuos é individuos. Unos se instalan en sesion permanente y apuran de sobre el mostrador sendos vasos, hasta que agotadas sus fuerzas pierden el equilibrio y se entregan al sueño del hombre dichoso: otros solo llegan á proveerse para llevar á sus casas la racion cotidiana; porque aquí desde el niño que está en los brazos de su madre ó de su nodriza, hasta el viejo decrépito que ya no puede con la fé de su bautismo, beben pulque desde que amanece hasta que vuelve amanecer.

Por lo que hace á los espendios ó *casillas*, siempre se procura atraer al consumidor ya con la longanimidad de las medidas, ya con la buena calidad del efecto, (es decir, con la ménos agua que se le mezcla, y las ménos porquerías que se le intercalan) ya, en fin, con la pintura de la casa, en la cual brillan los asuntos erótico-pardo-oscuros que es un contento, no faltando parte donde se ostente pudorosa una Vénus en el baño, ó cosa tan moral como esta.

La frecuente concurrencia á estas casas, las libaciones continuas del *divino neutle* hace muchas veces que, como dije ántes, se pierda el equilibrio; y una vez perdi-

do este, suele ir á servir de punto de apoyo un hombre forrado de bayeton azul y ostentando un sable corto muy parecido á los que usan los muchachos el dia de San Juan para sus simulácos de guerras. Si el cansado libador se resiste al apoyo que se le ofrece, entónces hay que echárselo á cuestras, para lo cual se llama al jayan mas inmediato, quien con la mayor expedicion lo conduce á una casa de asilo, donde el devoto de Baco va á pasar ocho, quince, ó mas dias de recogimiento, excepto las horas en que sale á la ciudad á cuidar de su aseo y sus mejoras materiales.

Cuando es una dama del pueblo soberano la que recibe estos auxilios—y con demasiada frecuencia ocurren casos de esa naturaleza, porque el bello sexo popular es sumamente afectá al blanco licor—entónces la escena cambia de aspecto y presenta lances cómicos por demas. En primer lugar se entabla una lucha de palabras y obras entre el conductor y la conducida: ella se resiste, él insta: ella opone su inercia, él emplea su fuerza; y no se dirime la cuestion, si no cuando un comedido ó compelido Atlante se eche á la espalda aquella mole de carne y hueso. Pero para darle mas interes al grupo, así como para librarse de ciertas cariñosas conversaciones que se solian entallar entre los dientes de la remisa y las espaldas del diligente conductor, han inventado estos ponerlas en contéplacion del sol, y poner sus espaldas de la manera mas académica, dejando flotar á merced de su dueño las piernas cuasi desnudas de la forzada carga que trasportan. ¿No es verdad que un dibujante encontraría demasiado poético este precioso grupo, y sacaría de él un estudio azás precioso?

Cuando llega á la casa de asilo se le deja reposar de la fatiga del viaje y de las emociones del pulque; y al dia siguiente por la mañanita sale en compañía de otras damas, á lucir su aseo y su destreza en la escoba, ora á la plaza de la constitucion, ora á la frondosa alameda,

serviéndole este ejercicio lo mismo de distraccion que de castigo. Evidentemente que de esto no se disfruta en las Batuecas.

Ménos nos es conocido el sistema de muestras adoptado en la capital para algunas casas de comercio, v. g. los espendios de cigarros y de puros, las dulcerías y bizcocherías, y una ú otra fonda ó *restaurant*. El sistema de muestras consiste en buscar unas muchachas ó cuasi muchachas de no mala catadura, que sentadas siempre detras del mostrador, muevan regularmente los ojos, y sonrían con agrado al parroquiano, el cual en pos de esas miradas ardientes y de esas sonrisas protectoras, se declara consumidor permanente de los efectos de aquella casa, aun cuando maldita la bondad que los recomiende. Este sistema, está mas generalizado en las casas donde se vende ropa blanca hecha. Allí el pollo y el cotorron, con tal que una manecita regordeta, aunque nada aristocrática, le tome medida del cuello, de los puños, y le ajuste los guantes, ó le haga el nudo de la corbata, se deja sacar dulcemente el dinero de la bolsa, y paga el triple de lo que los efectos costarian en otra parte. Verdad es que ese esceso de precio se le desquita con escuchar coqueteando algunas flores ó algo mas, y con eso se cree el bauzan indemnizado.

No haya miedo que las virginales costumbres de tales reclamos padezcan en lo mas mínimo, porque ademas de que están formados sus corazones á prueba de bombardeos, tienen precision de permanecer incontrastables ante cuanta declaracion se les haga; porque en el mismo momento que se mostraran sensibles dejarían el puesto á otras que no fueran tan propensas á la combustion. Allí se les pone para que sirvan de anzuelo á la pesca, no para que se dejen pescar: por consiguiente deben complacer á todos y satisfacer á ninguno. Dirás que para eso seria bueno que las hicieran de palo ó de otra materia que no fuera la de que estan formadas las hembras;

pero eso ya se ha ensayado y no surte buen efecto, sino por un rato; y el parroquiano se necesita constante, asiduo, perpetuo. Las muestras de palo, ni hablan ni ven, ni sonríen; y el parroquiano, para serlo, necesita algo mas que esto todavía: así es que ellas que saben de lo que se trata, cumplen perfectamente su deber.

Del todo son desconocidos los grandes depósitos que hay en la capital de ropa hecha, y por hacer, en cinco ó seis horas á lo mas. Llega aquí un batueco, que ó bien por falta de dinero ó por sobra de robos que ha sufrido en nuestros segurísimos caminos, se ve precisado á llegar en un sencillo traje al natural. Con tal que pueda conseguir unos diez ó doce duros, puede en el acto pasar á una de esas galerías en donde lo dejan como nuevo, vestido elegantemente y á la última moda de Paris. Es verdad que á poco andar y con solo que sople un ténue vienteillo, caerá el pelo del *paletreau*, quedando en su neta desnudez el grueso tejido de la sabanilla ó bayeton que se encubria con aquella suave piel: que al dar un abrazo concienzudo á su conocido, quedarán las mangas separadas indefectiblemente del resto del cuerpo: que al inclinarse á levantar un pañuelo caido ó para hacer una reverencia, los pantalones se independerán de las trabillas ó de la cintura, ó todavía peor, haciendo una música poco agradable al oido y al bolsillo del dueño; dejarán á este con mas ventilas que las que hay en el teatro, ó con mas rendijas que una puerta de casa vieja; pero estos pequeños contratiempos no son nada en comparacion de la baratura, prontitud y demas buenas cualidades que hay en las *galerías de ropa hecha*, donde se hace una horrible quemazon y se halla *casi dado*, cuanto ha menester un hijo del buen tono y de la buena arrangerera.

Igualmente nos son desconocidos unos depósitos de perfumería, en donde se encuentra cuanto se necesita para la belleza natural ó artificial, y para que las leonas

y pollos, al par que todos los demas seres vivientes de esta felicísima corte puedan en el día aromatizar su tránsito en el mundo, y de noche neutralizar los constantes y sempiternos perfumes que despiden ciertos bombos que triunfalmente pasean por toda la ciudad. En esos depósitos se encuentran entre otras curiosidades, los celebres unguentos de elefante y de hipopótamo, con cuyas fricciones en las encías salen los dientes aun á los que tienen noventa años: hay tintura de hormiga arriera para adelgazar la cintura y ensanchar la parte inferior del cuerpo de las damas: hay pomada de tórtolas para dar ternura en el corazón: hay jabon de golondrinas para soltar la lengua de las cortas de genio, que aunque bien pocas, no se toleran: hay colirios de sangre de gacela para dar espresion á los ojos: hay zumo de cola de oso para sacar el pelo; y en conclusion, hay cuanto puede apeteerse para la higiene de las personas y para su mas completo perfeccionamiento físico.

Allí, ademas de todas esas especialidades se encuentran otras que tambien sirven, ya que no para el embellecimiento de la persona, sí para la hermosura y deleite de los gabinetes donde las señoras tienen su tocador, como decimos los batuecos. Esas otras bellezas consisten en vasos de todas formas y caprichos: en alhajeros de diversísimas figuras, y sobre todo en estátuas de rica porcelana que representan imágenes mitológicas en actitudes indescriptibles. Y no creas que esas *honestísimas* figuras se esconden bajo un tupido velo, siquiera para librarlas del polvo; no, señor, se ostentan en toda su verdad y desnudez, aun cuando muchas veces son niñas adolescentes las que van á contemplarlas. Esto consiste en que se trata de desarrollar el gusto por lo bello y principalmente por las bellas artes. ¿Y dónde ó como se podrian estudiar mejor que en esos acabados modelos de los mejores maestros?

¿Dónde hemos de tener nosotros como tienen los cor

tesanos esos gabinetes ambulantes, esos salones de tertulia, que ora en una librería, ora en una botica; unas veces en una tabaquería; otras en una tienda, abren sus sesiones y se habla de política principalmente, ya proponiendo cambios en la marcha del gobierno, ya disponiendo las operaciones del ejército, ya murmurando, ya corrigiendo y nunca alabando algo de lo que dispone el que manda? Aquí hay en esa línea un local, que bien pudiera llamarse la nueva Jerusalem, si no porque haya aparecido un Salomon, sí porque allí se espera siempre la venida del Mesías. No pasa un solo instante sin que no se espere *more judaico* al que ha de venir á redimirnos, no obstante que cuantas veces en mientes se le ha puesto venir á este suelo, nos ha dejado de peor condicion, merced á los mismos judíos de que ha formado su sanhedrin. Los rabinos que allí se congregan, á pesar de que su objeto principal consiste en leer las profecías de Daniel, y preferentemente sus setenta semanas, hablan luego de literatura y de ciencias, aunque científicos y literatos son tanto como sus asientos.

¿Ni de dónde habíamos de poder envanecernos con poseer unos jardines esmerados, embellecidos, y aparejados tanto para una comida en familia ó de amigos, como para ciertos misteriosos placeres que huyen de la luz del día; así para escojer esquisitas plantas, como para destrozaz rozagantes flores? Allí las fuerzas se pueden ejercitar lo mismo que perder: allí se pueden restaurar con succulentos almuerzos, lo mismo que disiparse en alegres bacanales: allí tanto se puede uno figurar en Roma en los banquetes de Eliogábalo, como en las fiestas de la isla de Cítérés. Todo allí se puede, ménos ir sin dinero: todo se permite, ménos salir sin pagar.

¿Podríamos nosotros presentar, como la corte tantas casas de beneficencia y caridad como aquí se encuentran á cada dos pasos? Imposible; aquí esos establecimientos son tan comunes y la limosna tan ejercitada, que causa

asombro el número de las personas que en tal se emplean. No mas que como saben que el orgullo es un gran pecado, cuidan de ejercer sus actos *venéficos* desde que la luz no puede descubrir las facciones de la limosnera; porque limosneras son y no limosneros quienes se dedican á ese ramo. Me cuentan los prácticos que hubo un tiempo en que fueron tan pródigas, que fué necesario reglamentarlas y señalarles un tutor, el cual ponía las tasas y cuidaba de que no se arruinaran. Hoy no es así: nadie se mete en que repartan mas ó ménos sus bienes; sino que dejan á su discrecion y buen juicio el que dispongan de lo que poseen; no segun su buen corazon quisiera, sino segun los mas ó ménos necesitados que á ellas ocurren. Son tan generosas, que desde que dá la oracion salen á recorrer las calles, ó se ponen en las puertas de sus casas, ó se dirijen á los portales y la plaza, ó finalmente celebran convenios de amistad, comercio y locomocion, con los conductores de los simones para buscar por todas partes necesidades que socorrer y males que remediar; aunque esto segundo les sale á veces á la cara á las socorredoras y á los socorridos; pero no es por culpa suya. No creas que esperan á que un pobre les esponga su necesidad: ellas lo buscan, lo solicitan y se anticipan á sus deseos. Es tan grande u ansia de hacer bien, que ni esperan indicaciones.

En lo que la corte no tiene rival,—y eso creo te lo he dicho ya—es en la posesion de una nube de recaudadores de impuestos, que de dia y de noche, en la calle y en la casa se llegan á uno y le exigen un contingente para las necesidades de su erario particular. Todos piden y para todo piden. Si estás en misa no faltará un sacristan que te interrumpa en tu devocion para pedirte algo para las misas que se están aplicando por intencion del que dá su limosna; y eso á gritos y pasando veinte ó treinta veces por delante de tí, y llevándose tu vestido entre los piés, y apoyándose en los hombros redondos de

la mas bonita muchacha, así pudiera ser la mas almirada y aristócrata, y echando á rodar á veinte pasos el importuno sombrero del que tiene la costumbre de dejarlo para oír misa. Hay entre esos exactores piadosos uno principalente que invade á un individuo ó individuo desde el momento que le descubre. Más que demandante ó colector, le llamaria yo salteador y asesino, porque háste de saber que un viérnes,—viérnes habia de ser—ví que mucha gente concurría á un templo situado en las orillas de la ciudad, hácia el oriente: con mi habitual curiosidad me encaminé tambien allá, siguiendo, como buen batueco la corriente humana que me arrastraba. Me faltarian cincuenta pasos para llegar á la puerta del santuario, cuando ví venir á mí corriendo un hombre, que sin perderme de vista y tratando de asegurar el golpe que me asestaba al pecho, traía un objeto reluciente en las manos y á grandes gritos me pedia dinero.

Creí que soñaba; porque imposible me era persuadirme que en pleno dia y á la vista de tantos testigos se me pidiera la bolsa ó la vida. Era nada mas que un limosnero piadoso, que llevado de su celo pedia para el culto de la Santísima Virgen, y lo que en sus manos llevaba era un cepillo ó alcanfá; pero como sorprende con su carrera, con su ataque inopinado y con poner á la cara el depósito de los contingentes, no sabe el pobre asaltado si se trata de pedir á buenas, ó si es el pordiosero de Gil Blas.

Los demas no son así, es decir, los que no piden para los santos sino para ellos; porque estos esponen su necesidad, y si se las socorren pronto se van; si se tardan en atenderlos insisten, y solo cuando han perdido toda esperanza pasan á hacer las mismas agencias con otro que ven al paso. Si se les pregunta indiscretamente por qué no trabajan, dicen que no encuentran colocacion, cuando me consta que hay una *Agencia de criados* en donde se dá destino á cuantos lo solicitan; agencia que nosotros

no conocemos, y que sin embargo es de incalculables ventajas, segun he podido comprender.

Porque en esa oficina te surten de recamareras, cocineras, mandaderos, amas de llaves, niñeras y cuanto mashayas menester. El que busca destino va allí, deja su óbolo porque lo inscriban en el registro, y muy en breve se encuentra con que en tal calle se necesita un cobero, v. g. Es verdad que el postulante no entiende una jota del manejo de mulas; pero si sabe hacer la mula su colocacion es infectible. No le acomoda esto; pues vuelta á dejar el óbolo, y vuelta á esperar casa en que servir. La *casa agencia* cuida de que se escriba el nombre del solicitante, merced á las remuneraciones; de todo lo demás, así se cuida como de la fiebre amarilla. Ves que esta es otra de las instituciones que no conocemos y con razon; como que es de importacion europea.

Ya que de agencias hablamos, diréte que tampoco nos son conocidas las de *negocios*, en donde se encuentra cuanto hay que desear. Abogados, teólogos, casamenteros, vendedores y compradores de fincas rústicas y urbanas, mineros, traductores, litigantes, médicos y cuanto puede haber menester un hombre en todo el curso de su vida. Todo está allí á disposicion del individuo y se le sirve con puntalidad, exactitud y moderacion en las retribuciones. ¡Qué capaz que allí te hagan perder dinero en negocio alguno! sobre que toda aquella máquina se mueve solo para tu bien y utilidad, dime si te harian una mala pasada.

Es verdad que si llevas por ejemplo un pleito contra X por diez mil pesos que te debe, en el acto se te asegura que tu pretension es buena, justa y legal; se te provee de abogado, apoderado, vocero y cuantos mas agentes hayas menester; y si por accidente llega X y pretende se le defienda del pago de los consabidos diez mil, se le asegura, lo mismo que á tí, que su excepcion es justa, buena y legal, y se le provee de abogado y de todos

los demas oficiales que necesita su obra. Y ambos salen bien. ¡De qué modo? dejándolos la *Agencia* igualitos, igualitos. Pero este es su secreto, y esto es lo único de que vive esa importante oficina.

Figúrate no mas si necesita de un número casi infinito de toda clase de dependientes, puesto que en todos los ramos posibles é imaginables necesita de cooperadores. Por fortuna estos abundan, pues en ninguna parte del mundo habrá tal nube de abogados, médicos, escritores y sabios de todo género como los que aquí pululan y se dejan ocupar á ínfimo precio.

Buena prueba de esta verdad, es á mi juicio, del sin número de astrónomos que hay en esta nobilísima corte, cuya existencia noto en la publicacion de cuarenta y nueve calendarios que hasta hoy han salido para el año próximo venidero. Es verdad que en cuanto á sus observaciones están mas conformes que un matrimonio homogéneo, lo que bien podria argüir un plagio; pero yo creo mas bien que eso confirma la esactitud de la ciencia y la perfeccion á que han llegado los conocimientos; puesto que todos *neminè discrepante*, como dicen cerca de la plaza del mercado en ciertas solemnes ocasiones, anuncian cuándo hará buen tiempo y cuándo malo. Tampoco se puede decir que es la misma geringa con émbolo distinto; porque cada uno trae el nombre de su autor, y ni modo de negarlo.

Para dar mas interes á estos cuadernos, que segun los inteligentes, sirven para propagar los conocimientos en el pueblo, se les agregan cuentos que repiten hasta los niños de la doctrina; versos que hace muchos años publicó un periódico; derroteros que no son los de la república, aun cuando llevan ese nombre; tablas de sueldos y salarios que las señoras no consultan, porque se atienen á los frijoles y á los dedos, y otras curiosidades del mismo género. Uno hay que ha tomado el cargo de dar á conocer nuestra historia antigua en veinte páginas de

diminutas proporciones: otro que refiere los hechos de muchos años en cuatro renglones: otro que hace saber los precios de todos los efectos del comercio, y que no es mas que la coleccion de las listas que publican y reparten los dueños de tiendas, y á ese tenor es el interes de todos los demas. Dime si con semejantes folletos no se instruirá el pueblo á mas y mejor, y no será dentro de poco la corte un pozo de sabiduria.

Ya ves: aunque muy por encima te he dado á conocer muchas cosas buenas, de que ni noticias tendrias, si no fuera por el feliz pensamiento que me asaltó de recorrer el mundo y muy principalmente esta prodigiosa capital. Mucho hay todavia que ver; pero acaso me falte el tiempo para dártelo á conocer supuesta la proximidad de tu venida. Esa impaciencia tuya por palpar maravillas me priva del gustazo de hacerte comprender mis adelantos. Pero ya verás cómo de viva voz no te escaseo mis lecciones. Adios, Bibiana. Rumia cuanto te he dicho, para que no en la mejor ocasion te falte lo que tanto has menester y yo te deseo, esto es, instruccion y conocimiento de la corte.—*Caralampio.*

Méjico, 11 de Julio de 1859.

Para que mis lecciones todas puedan surtir en tí el fruto que me he propuesto, voy á hablarte del modo con que debes conducirte en la fábrica forzosa de amistades que debes emprender tan luego como saltes á tierra. Esto es esencialísimo, y debes repasarlo de dia y de noche, á fin de no cometer *pifias* en un ramo tan importante. Ya sé que me podrás decir que no tienes muchas ganas de cultivar amistades, mucho mas cuando estás acostumbrada á tratar solo con las personas que conoces hace mucho tiempo; mas á eso te debo contestar que harías muy mal en ser tan huraña y alejarte de la sociedad, cuando precisamente si he tomado sobre mis hombros el trabajo de domesticarte ha sido para que vengas á vivir en sociedad y á tratar con la gente cortesana. En cuanto á la objecion de que no conoces á las perso-

nas, queda resuelta precisamente con lo mucho que sobre este particular te he escrito, y con las importantes instrucciones que en esta carta voy á darte. Añadiré, algunos otros consejos sumamente importantes.

Ya tu no tienes que pasar por el bautismo de las informaciones prévias respecto de tus posibles, porque como ya me conocen, desde luego saben á qué atenerse en semejante particular. Así es que no dudo que tan luego como hayas desembarcado, te obsequiarán por lo ménos las personas que ya nos han formado el inventario, balance y avalúo de nuestras existencias. Pero como podrá suceder que en un baile, en un paseo, en una visita contraigas nuevos conocimientos, debes comenzar ante todas cosas por llevar la conversacion á un terreno que es el único que se explota: es decir, que con la mayor naturalidad debes hacer saber que tu casa está en tal calle, central por supuesto, que la tienes amueblada por uno de los mejores tapiceros, que tienes coche y lacayos, que te viste Celina ó Maclovía, que recibes tales y cuales dias, &c., &c., &c., todo cuanto huela á lujo.

Nunca debes estrechar tus relaciones sino con personas á quienes hayas ántes inventariado tambien, porque aun cuando sepas que son de buena familia, que son la honradez personificada, que pueden prestarte grandes servicios; si no tienen modo de dar honor con su boato á tu casa, debes esluirlas de tu intimidad. Harian un papel muy desairado en tu salon, y eso debes evitarlo á toda costa.

Si encuentras por aquí algunos paisanos, aun cuando les debas mucho aprecio y buenos servicios, debes tratarlos como simples conocidos, y debes en primera ocasion romper con ellos; porque seria un dislate, una locura, hacerlos figurar en el cuadro de tus tertulias, donde debe ir lo mejorcito; y esponerte á que soltaran una batucada, ó usaran contigo de la confianza de nuestra tierra. ¡Qué papel harian unos individuos con su calza-

do deslustrado ó lleno de agujeros, con su eterno palacate y sus chaquetas sin codos, ó con sus pantalones astronómicos, en donde estaban reunidos los favoritos de Gougaud, los cousumidores de Pestail? Y tus antiguas amigas con su tapalito de merino y sus vestidos de barreg del año de cincuenta, al lado de tanta leona vestida por figurin, ¿no formarian un ridiculo contraste?

Pero si tus paisanos y antiguos amigos han entrado, como tú, al carril del buen tono; si, como tú, habitan una *comfortable* casa; si tienen relaciones con ministros y embajadores; si esperan ser nombrados para una prefectura, un ministerio, una aduana marítima ó cosa por el estilo; sí, en fin, son personas que dejen honra y provecho, entónces léjos de desviarte de ellos, por el contrario debes hacerles un buen lugar en tu casa y recibirlos con cuanta deferencia cabe entre personas civilizadas, aun cuando por otra parte allá en las Batuecas no hayas tenido mayor comunicacion con ellos. A los que no tengan tales requisitos debes, como dije ántes, repudiarles sin consideracion; aun cuando para dar mas peso á tu conducta digas que son unos perdularios que no te prestan garantías, ó cualquier cosilla así con la cual acredites que tienes fundados motivos para no franquarles tu amistad.

Con quienes debes ser de todo punto deferente es con los extranjeros que alguno te presente, porque de ellos tienes mucho que aprender en buenas maneras, en modas y en civilizazion. Nunca preguntes porqué se vinieron de su país; pues debes saber que casi todos ó los mas lo han hec ho por civilizarnos, por protejernos, por venir á quitarnos la cortesa bárbara que aun nos cubre. Y ya ves que con tan filantrópicos personajes nunca debemos ser desagradecidos. Tanto cuanto te recomiendo la prudencia y el mas prolijo exámen respecto de los mejicanos para abrirles tu casa, tanto así te aconsejo la mas ciega confianza en los Mister y Monseures. en las Mis



y las Madamas. De aquellos pide, si es necesario, papel de conocimiento, como si fueras á recibir una recamarrera: de estos no exijas ni la mas lijera explicacion.

Cuando abras tu salon á las visitas, es decir cuando estés visible y recibas—lo cual debes escasear, porque eso es de buen tono—y sean introducidos en el santuario los escogidos, jamas dejarás tu asiento, así pudiera ser un eclesiático venerable por su estado y su virtud, ó un anciano lleno de años y de merecimientos. Serías notada de incivil si dieras esta prueba de respeto á un ministro de Dios ó á un contemporáneo de tus abuelos. Pero si llega alguna leona, alguna amiga tuya, aun cuando solo brille por sus encajes, debes correr á ella desalada, estrecharla contra tu corazon, así la detestes en el alma, y besarla aun cuando tus labios queden como pared revocada y sus mejillas como piel de tiger. La falta de respeto hacia unos y el fingimiento hacia los otros, son dos cosas que debes atender y aprender con la mayor escrupulosidad.

Durante las horas de tertulia no debes andar corta en sazonar la conversacion con referir cuantos defectos sepan de tus amigos y conocidos, y cuando lo hagas procura que sea en medio de la mas refinada compasion y lastimándote de tener que decir tales cosas, aunque siempre por pasar el rato solamente. A proporcion que el donaire acompañe tus palabras serás mas aplaudida y mas buscada. Si delante de tí se habla de cosas algo coloradas, debes bajar los ojos pero para aguzar mas las orejas, y soltar de cuando en cuando alguna frase que anime al narrador para continuar.

En ese entretanto, ó te ocupas en acariciar á tu falderito y darle sendos besos, aun cuando sea mas repugnante que un leproso, ó en tejer de gancho cualquier chisme de hilo. Una y otra cosa son indispensables para dar idea de buenos modales. Cuando nada hagas

debes estar medio acostada, así pudieras dejar entrever algo de lo que la decencia prohíbe.

Si sales á paseo y lo haces en coche ha de ser lo mas estendida que el vehículo te lo permita, dejando flotar por uno y otro lado la falda de tu vestido, y si te es posible tendiendo los piés en el asiento delantero: es una costumbre yankee, pero para allá vamos á gran prisa. Si lo haces á pié, no debes descuidar ni un momento el dar á tu amplia crinolina la graciosa ondulacion de un incensario, ni el dejar caer el tápalo, la manteleta ó la capa mas abajo de los hombros, tanto para dejar ver la mitad de la columna dorsal, como para ostentar una magestad correspondiente á la reina del desierto.

A nadie debes darle las gracias ni manifestarle la menor gratitud por los servicios que pueda prestarte, ya cediéndote la banqueta, ya ofreciéndote la mano cuando vayas á caer, ya haciéndote cualquier otro servicio de ese género; pues debes dar á entender que todo se te debe por tu linda cara.

En cambio cuando te fije alguno la vista lo primero y mas importante es que le enseñes la lengua como si fuera médico, para lo cual fingirás lamerte los lábios á guisa de perro, cuando codicia un bocado: si insiste una mueca ó una torcida de boca serán muy oportunas. Esto no quiere decir que te ha de disgustar el que te miren, sino que has de afectar que te desagrada, por mas que estés rabiando cuando nadie fije en tí la atencion.

Por lo que respecta á las demas mugeres debes acostumbrarte á pasarles revista de una sola ojeada, buscando siempre, no el lado favorable, acerca del cual te desentenderás en lo absoluto, sino el lado ridiculo que tener puedan, para que sirva de materia á tu mordacidad en las visitas. En cada mujer debes ver una rival, y cada una de tus miradas debe ser un cartel de desa-

fio, sin perjuicio de que en primera ocasion las abrases á todas como si fuesen íntimas amigas.

Si vas á la iglesia debes ante todas cosas buscar con quien hablar, porque lo primero es saludar á las amigas, preguntarles hasta por la perrita de Chihuahua, y por las enaguas que tiene, y por las modas en que piensa entrar. Todo lo demas es de muy poca importancia. Si tu amiga é interlocutora dice un chiste, no escuses el reírte á carcajadas, que al cabo el dueño de la casa está callado y es muy prudente.

Para llegar á ella no te detengas por obstáculo ninguno: salta por encima de los que te estorben: llévate con los piés una parte del vestido de las que están allí á guisa de gallinas cubriendo pollos: pasa por entre el altar y el sacerdote: echa á rodar sombreros y bastones, y cuanto pueda impedirte tu laudable intento. Vale que los demas á su vez harán lo mismo contigo, sin que pueda contenerlos la santidad del lugar ni los misterios que se celebran.

Sea el templo para tí, no la casa donde se va á rogar á Dios, sino el lugar de citas para todos tus asuntos, y lo mismo que pudiera serlo la alameda ó el coliseo: pero para indicar que tu escursión es mística, debes proveerte de un rosario, que enseñarás á todos, y de un lujoso libro que tal vez no abrirás, sino para ocultar sonrisas y miradas indiscretas.

Si vas al teatro, te recomiendo que no ceses de hacer ruido con el abanico, llamando la atencion de todos, echándole á la cara á todo bicho viviente el reflejo de los gemelos: nada de atencion al drama ó comedia; y sobre todo, te encargo que tu vestido sea tan apegado á las reglas del tono, que tú misma no puedas verte sin rubor; aunque eso del rubor no lo dejes jamas salir á la cara. Esto mismo debes hacer con la sensibilidad; pues para uno y otra debe haber reclusion perpetua.

Cuando éstes en el balcón nunca dejes, aun de pié,

de tener el gancho en las manos: ese es un bello recurso para fingir ocupacion y amor al trabajo, y para saludar al descuido ó corresponder á una seña del adorador platónico. Me dirás que como puedo aconsejarte ese escándalo, siendo tu marido y conjunta mitad; pero como ya estoy á la altura de la civilizacion cortesana y como en breve tú lo estarás tambien, es preciso dejar la ferocidad batueca y mostrarnos dignos actores del teatro social de Méjico. No tengas cuidado por lo que digan, pues es de tono y bien visto el tener sus amores platónicos, y aun mas que eso. Pero tú puedes quedarte en la primera parte solamente para cumplir con la sociedad.

Muy particularmente te encargo que te hagas espiritualista y muestres en tu porte, en tus miradas y en tus obras una languidez y cansancio tal que todos comprendan que estás en comunicacion con los espíritus. Eso es de una elegancia infinita, por cuanto nos aleja de las clases inciviles y bárbaras á quienes aun no alumbramos con su brillante resplandor la cultura y el buen tono.

Con estas y otras advertencias que á su debido tiempo es mi ánimo hacerte, puedes estar segura de que si no estás de rigurosa moda, muy poco te ha de faltar. Además, aquí con el trato de maestras muy ejercitadas, que lo son casi todas, creo que á la vuelta de dos semanas estarás inconocible.

He concluido mi tarea; no porque me falte de que hablar, pero supuesta la violencia en que estás por venir á gozar de tanto prodigio no me queda ya tiempo para decirte otras cosas; tanto mas cuanto que me figuro que ya esta carta la recibirás en el camino. Si es así, aquí charlarémos; si no es así, recibirás nuevas epístolas de tu siempre rendido.—*Caralampio*.

FIN.

